

valiosa tarea emprendida: elaborar su historia y ayudar a que sea elaborada, ofrecer materiales y documentos relevantes de la misma y abrir horizontes a una historia que deja atrás los enfoques panegíricos, hagiográficos y partidistas que tan frecuentes fueron en otras épocas y en otras obras.

CARMEN SANCHIDRIÁN BLANCO

BELENGUER CALPE, Enrique y GONZÁLEZ LUIS, M.^a Lourdes C.: *Humanismo y educación. Una Historia de la Pedagogía*, Barcelona, Cooperativa Universitaria Sant Jordi, Universitat de Barcelona, 1998, 82 pp.

El libro que hoy reseñamos no entra en el grupo de aquéllos que intentan acotar de un plumazo la temática elegida; menos aún, de sembrar certezas absolutas en una época en la que las nuevas corrientes de pensamiento alertan de su peligrosidad heurística y hermenéutica. Tampoco es un tratado cabal de principios educativos que coticen al alza en el mercado de valores de las nuevas corrientes historiográficas. La obra de los profesores Belenguer Calpe y González Luis es, fundamentalmente, una invitación (sugestiva, a veces desconcertante y siempre atrayente) a conocer aquellos hitos más destacados que han conformado la historia del pensamiento pedagógico occidental desde la antigüedad greco-latina hasta la contemporaneidad.

De ahí que los apartados más destacados en la misma versen sobre el humanismo griego impregnado a través de los distintos tipos de aretés; sobre la humanitas romana desarrollada, con renovado impulso, durante la época republicana; y sobre la metanoia, reforzada, tras duras y cruentas batidas efectuadas por los responsables en mantener las estructuras imperiales, durante la etapa previa a la institucionalización del cristianismo. En las páginas siguientes, y tras realizar un análisis quizás un tanto somero de las propuestas más sobresalientes de algunos de los pilares básicos de la etapa medieval, llegamos al

re-nacimiento humanístico y al análisis de sus propuestas secularizadoras e inmanentes.

A partir de este momento, se reconduce el hilo argumental por los entresijos del siglo XVII, como centuria encabalgada entre el Renacimiento y la Ilustración, y en el cual el personaje sobresaliente es Comenio. Sólo con las exigencias marcadas por la razón en el siglo XVIII cambia la idea de realidad, al tiempo que la virtud se hace laica y el deísmo se expande a sus anchas para entrar de lleno en la revolución industrial. De hecho, la burguesía (tal y como testimonian los autores) va a utilizar la ciencia como dardo contra el oscurantismo religioso, y su racionalismo, de nuevo viable, será empírico, inductivo y con una moral positiva.

Hasta aquí la breve descripción del contenido más sobresaliente de la obra, al que sigue unas consideraciones finales y un epílogo, apartados todos ellos que recalcan (como no podía ser de otro modo) en el aspecto central del trabajo: la reivindicación permanente del componente humanístico, esto es, ético, en la historia y en la pedagogía.

Así pues, nos encontramos ante un ensayo que pierde en cantidad lo que gana en calidad, afincado en la reflexión y sumamente interpretativo, que trata de resaltar el componente humanístico-educativo en su diacronía rescatando lo esencial de los modelos ideales y utópicos de épocas pasadas. Como su título indica, estamos ante una nueva versión, ante una forma legítima, posible y deseable, de entender las causas que han determinado el decurso de la Historia de la pedagogía occidental, cuando lo que está en el centro de atención (y así lo han entendido sus autores) son los hombres y mujeres que la han conformado. El libro rinde, al menos así lo hemos apreciado y a pesar de su concisión, justa cuenta de todo ello.

MANUEL FERRAZ LORENZO

BELLO, Luis: *Viaje por las escuelas de Madrid*. Edición y estudio introducto-

rio de Agustín Escolano, Comunidad de Madrid/Consejería de Educación y Cultura/Dirección General de Educación, Madrid, 1998, 185 pp.

Como indica su título, el libro que tratamos de resumir recoge el viaje de Bello por las escuelas de Madrid, provincia y capital, precedido de un estudio introductorio del profesor Escolano. Un libro grato, esperado y esmerado, de presentación notable y mimada edición, impreso en papel satinado, prolífico en ilustraciones, lo que le confiere un colorido especial a sus 185 páginas, y con abundante aparato crítico, sobre todo en la primera parte. En suma, un gran acierto de editor e impresor.

El recado del editor y más aún la densidad de los relatos, lejos de la lectura rápida, omnicomprendiva o del simple vistazo a vuelo de pájaro para una reseña somera, requieren la lectura sosegada, reiterada y reflexiva; es decir, sorbiendo primero con la testa baja sobre el texto y meditando después con la cabeza erguida.

La obra se abre, previo *índice*, con la *Presentación*, a cargo de Gustavo Villapalos Salas, Consejero de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, quien, en breves líneas, justifica el acierto y mecenazgo de la edición, resaltando que su finalidad es «ofrecer un testimonio vivo de cómo eran nuestras escuelas a principios de siglo». Reconoce, al respecto, que el conocimiento del pasado puede aportar las pautas para analizar el presente y proyectar hacia el próximo siglo, de forma realista y generosa, el esfuerzo y la ilusión de la sociedad; o sea, que construir el futuro educativo de la Comunidad es una tarea apasionante.

El cuerpo central se estructura en torno a tres grandes bloques: *Estudio introductorio de Agustín Escolano*, *La escuela rural*, y *La escuela en la ciudad*.

En la primer parte, bajo el título general **La visita de Luis Bello a las escuelas de Madrid (1925-1930)**, el profesor y editor Agustín Escolano realiza un elegante estudio preliminar, de prosa fácil y atractivo estilo literario, como acostumbra a hacer

con la maestría que le caracteriza. Es este *introito* una especie de comentario risueño sobre el autor y su obra, basado en lo más llamativo y sabroso de los artículos publicados en *El Sol* referentes a la provincia de Madrid. Puede decirse, en este sentido, que si el olfato de sabueso cronista hizo que apenas nada pasara desapercibido ante la mirada de Bello, el profesor Agustín Escolano, haciendo alarde de fina observación y análisis reposado, escudriñando aquí y allá, rastreando, rescatando, no ha dejado que detalle alguno resulte inadvertido. De modo que avisa, con exquisita puntualidad, sobre la fecha de publicación en el diario, su inclusión en el volumen correspondiente y, entre paréntesis, de los fragmentos ausentes en éste que aparecen en aquel.

Aborda primero *La escuela en la prensa*, un medio en el que la escuela no suele ocupar titulares ni llenar páginas, máxime cuando la pluma tiene que lidiar con la terrible censura. Pero los dos «Luises» supieron capear el ruedo: Bello, soñador, busca volar como la fantasía del genio creador; Bagaría, con sus viñetas, pone una nota de humor para dar color. Retórica de la palabra, semántica de la imagen; dicho con otras palabras, voces e imágenes. La prensa es escuela, porque vierte una serie de vivencias interesantes para lectores y escuchadores.

En *Ideario de un viaje, perfil de un cronista* dibuja una breve semblanza del periodista, que se va intercalando con las ideas que inspiran uno u otro viaje. Entre andanzas y diálogos entrecomillando singularidades, presenta al muchacho, al joven, al periodista, al político y al viajero. Recalando en éste, sus viajes e informes vienen a ser un hito más de aquella política de reforma moral del hombre y de la sociedad que sus mentores (Giner, Azcárate, Costa, Cossío) proyectaron sobre él. Con esta recentadura, Bello va construyendo una radiografía de la realidad educativa en un país diverso. El ideario de aquellos viajes nació asociado al interés por la escuela rural, denunciando primero la situación de los pueblos, incluyendo después el problema escolar de la gran ciudad, Madrid, que debía tutelar e incluso remol-

car a los núcleos de su contorno: «Mover esas fuerzas sociales de Madrid y llevarlas en socorro de los modestos municipios rurales» fue su principal objetivo.

Por el entorno de Madrid. Con este epígrafe, el editor entra en el meollo de la obra: las escuelas de la provincia de Madrid; éstas son las protagonistas, que irán llamando la atención de «aquel incansable espectador y cruzado» en su peregrinar por las tierras matritenses (la capital, el cerco, la sierra y el llano). Destaca aquí cómo a Bello le agobia la capital; por eso quiere salir de Madrid y, cual peregrino errante, redimir la Sierra desde un apostolado cultural y cívico, poblar el desierto del Sur, dulcificar a sus habitantes y, en fin, sentir la provincia. En suma, convidar al pueblo con el elixir espiritual que guarda en su zurrón misional.

Viendo *La situación de las escuelas rurales*, Bello no sólo escribe crónicas literarias con tintes de aguafuerte que relatan la pintoresca realidad (escuelas pobres, húmedas, mugrientas, oscuras, escuetos rectángulos, sin ventilación, paredes desnudas, espacios sórdidos, etc.), sino que, a la descripción etnográfica, narraciones, fruto del espectáculo que contempla y la impresión que le causa, más que ejercicios literarios para un ocio burgués, se presentan como discursos estéticos y morales orientados a movilizar voluntades que impulsen la modernización de una escuela tan sumida en el arcaísmo. Esta nueva escuela, contrapunto de la que el cronista registra, tiene que ser higiénica y saludable, de cal y canto, orientada al sol, un escenario alegre y ejemplar, lugar ocioso para la infancia.

Nuevas expectativas. Es decir, despertar inquietudes. Este es el *leitmotiv* de la «gran campaña» que mueve al viajero en su papel de animador social y cultural. Ante tal panorama, carente, desolador, y dada la ampliación de la escolaridad obligatoria de los 6 a 14 años, amparándose en las nuevas estrategias políticas que cristalizan entre las épocas primorriverista y republicana, Bello deja entrever un tenue rayo de luz: conviene construir muchos edificios nuevos, de acuerdo a las emergen-

tes estructuras escolares, especialmente manifiestas en los modernos modelos arquitectónicos que empiezan a aparecer por distintos lugares del país. Ahora bien, la escasez de recursos oficiales dificulta esta ineludible tarea, por lo que se hace preciso concitar a todas las fuerzas sociales, desde el propio Estado hasta las corporaciones locales, pasando por los órganos provinciales y municipales, sin olvidar las contribuciones de sociedades filantrópicas e incluso de particulares: Todos están llamados a arrimar el hombro.

La escuela por dentro. ¿Cómo era por dentro la escuela que conoció Bello, se pregunta el editor. La escuela es el lugar donde se imparten rudimentarias enseñanzas (lectura, escritura y cuentas), salvo muy contadas excepciones, donde se incluyen nociones de otras materias (agricultura, geografía, historia, física, gramática, botánica), o sea, un *currículum* de iniciación que a lo sumo logra formar discretos calígrafos y lectores de periódicos y novelones. El material etnográfico no pasa de papel rayado, carteles murales, pizarras o encerados, mapas y láminas, la bandera, el Cristo, algunos libros viejos y poco más. Este utillaje contrasta con el atisbo de nuevos aires pedagógicos: periódico, biblioteca, experimentos agrícolas, socorros mutuos, cooperativas, patio de juegos, gimnasio, cantina, coto apícola, Fiesta del Árbol, vitrinas de física e historia natural, etc. Y, en medio, los maestros, esos nobles artesanos a quienes no falta vocación y buen oficio, pero sí un salario digno.

El último trabajo de este primer bloque es *De vuelta a la ciudad*. Tras recorrer la provincia «pueblo por pueblo», hay que volver la mirada a la ciudad. Madrid, la capital, tiene graves problemas de escolarización. Como mejor solución, se propone la construcción de escuelas graduadas. Para el cronista, la escuela graduada es un referente de modernidad, pero prefiere «cruceiros» a «acorazados» (valiéndose del símil naval), criticando a veces el monumentalismo de los modelos diseñados por Antonio Flórez, arquitecto director de la Oficina Técnica para Construcción de Escuelas. Por ello, no duda en mostrar su

disconformidad con la ampulosidad de algunos de los nuevos modelos institucionales y defiende una arquitectura escolar más escueta y económica. De este modo sería posible multiplicar las escuelas, prodigándolas por los pueblos para así extender la educación entre las capas sociales. La escuela graduada se erige, por tanto, en símbolo de la organización científica de la enseñanza, porque favorece una nueva racionalidad científica.

El segundo bloque, que lleva por título **La escuela rural**, contiene la reproducción facsimilar de los artículos de Bello, la mayoría recogidos en las compilaciones publicadas antaño por Magisterio Español, y el resto rescatados por el editor de las propias páginas de *El Sol*. Se abre con el *Prólogo a Viaje por las escuelas de España*, inserto ya en la edición de **Viaje por las escuelas de Castilla y León**, Amarú, Valladolid, 1995, pp. 163-169, y comprende tres apartados: El cerco de Madrid, Viaje a la Sierra, y Más sobre los pueblos de Madrid.

En *El cerco de Madrid* se incluye un supersticioso número de artículos, que comienzan con la escuela de un lugar, donde Bello recuerda los antros a los que asistió en su infancia. Una escuela en domingo, que no es otra que el «encerradero» de Alcobendas. La escuela vieja de Parla y las nuevas de El Álamo, viaje que hace en compañía del arquitecto Antonio Flórez, destacando la «escuela-toril» de Parla. Sin olvidarnos de Navalcarnero, cuyo Ayuntamiento costea corridas de toros y capeas, pero no aporta ni un céntimo para remodelar la escuela. Pasa tres horas en Fuenlabrada, con Luis García Bilbao, con quien, en vez de visitar la escuela, casi dan con los huesos en la cárcel, si no es por el recuerdo de un pariente, el tío Manuel. La antítesis es otros dos lugares: Móstoles y Hortaleza. Desde Lumpiaque a Vicálvaro, una escalera parece condensar todo el espíritu de una Pedagogía, pero Mariano Moliner sabe tañer con mucho arte la vihuela de la pedagogía. Historia de una carretera, o, mejor dicho, del viejo proyecto para un ramal que acercase el pueblo al tren. Pedagogía del rayo de sol,

¡cuánta salud se pierde por no aprovechar la virtud del rayo de sol!. En el barrio de la Legión, la escuela está situada frente al cementerio de San Isidro. Lo que llegó a comprender don Antonio Iniesta, albaceateño, maestro de la escuela de la Prosperidad, un barrio de obreros pobres, donde el problema es la despensa, la falta de alimento, que Bello pensaba solventar instalando una cantina escolar, aún cuando existen terribles argumentos contra la cantina benéfica. Corzos y niños en El Pardo, para cuya escuela fue preciso habilitar el salón de baile y Vidas de niños, donde cuenta la historia del porquerillo que se malogró, que en tertulia le relató un anciano maestro.

En *Viaje a la Sierra*, Bello parte de Fuencarral, que es para unos la carretera de Madrid y, para él como para otros, el camino hacia la Sierra. Desde Fuencarral, la víspera de Carnaval, el auto de línea le lleva a Colmenar Viejo, lugar prolífico y fecundo. El domingo carnal, antevíspera de cuaresma, se respira ambiente de fiesta en Miraflores, donde don Jerónimo, el maestro, tiene que castrar la miel de dos enjambres, el apícola y el escolar. A Bustarviejo arriva cuando la mocedad aguarda la salida de misa, pero lo curioso del lugar es que el alcalde aún castiga con multas de peseta las faltas de asistencia. Hospedado en la fonda, hace noche en Torrelaguna, donde las escuelas públicas contrastan con la Fundación Montalbán, que respira aire sano y brisa de modernidad. Luego, en compañía de Martín Luis Guzmán, como andarines de madrugada, recorren el atajo de Torrelaguna a Patones, cruzando así un reino donde es rey el pastor. Desde Patones va a Lozoyuela, pasando por El Berrueco y Sieteiglesias, disfrutando del paisaje serrano, con la marcha tal vez un poco cansina porque el camino pica hacia arriba. En Buitrago confía en que el arquitecto Anasagasti reconstruya con gusto la vieja escuela, para que sus tributarios sigan viviendo una infancia de cronicón y de archivo histórico. Y, desde los altos montes de El Berrueco, norteando, con el macizo de Somosierra en el horizonte, llegan a Gascones; después, a La Serna del

Monte, cuya escuela es una de las más miserables de la Sierra; y, por fin, en lo más alto, Somosierra, donde los niños revolotean como pichoncillos en el «palomar» de Prudencia Martín Rojas.

Aún quiere decir algo *Más sobre los pueblos de Madrid*, para los que reclama escolitas rurales, siguiendo la lección de las provincias vascas y catalanas, cuyo ejemplo debiera adoptar. Madrid y su provincia es el país de los viceversas, pues, siendo la capital, tiene la culpa del estancamiento de la provincia. El punto de vista escolar oficial es un decreto de 17-12-1922, según el cual el 3-03-1927 no habría problema. El objetivo es construir 200 escuelas públicas, bien dotadas y bien servidas, para lo que se necesitaría una lluvia de oro, es decir, los pueblos y Madrid deben bastarse a sí mismos para encontrar medios de resolver el problema de la enseñanza. Un fragmento de la vida nacional queda recogido en la carta a un maestro de la Sierra, manifestando que el maestro es y será insustituible. Otra carta, desde Las Rozas, la dirige a Antonio Flórez, instándole a sustituir el proyecto por otro menos costoso; «crucero» en vez de «acorazado»: esta es la época de las casas baratas y ha de ser también la época de las escuelas baratas, porque la escuela para lugar pobre. Paréntesis optimista: Fuencarral, Colmenar Viejo, Las Rozas, Fuenlabrada, Parla, Moraleja, etc. Van cumpliendo, poco a poco, los objetivos de la guerra escolar declarada por Bello. La Sierra: Zarzalejo ve cómo las mismas piedras se pueden ablandar. A don José Garay Rotwart, Conde del Valle de Suchil, le anima a patear alrededor de Madrid, a salir a los arrabales pobres, a los pueblos, que es donde está todo por hacer, aplaudiendo así la iniciativa del Gobernador Civil. Este segundo bloque se cierra con un largo artículo titulado Anteproyecto para una Sociedad de Amigos de la Escuela, incluido ya en la edición de *Viaje por las escuelas de Castilla y León*, Amarú, Valladolid, 1995, pp. 185-196.

El último bloque está dedicado a *La escuela en la ciudad*, y lleva por subtítulo *El problema escolar de Madrid*. La «Casa

del Niño» es la primera obra del *Lyceum*. El problema de Madrid (la capital no diferiría mucho del cerco en los rasgos íntimos de su primera enseñanza: Según la estadística oficial de 1924 quedaban en la calle, sin escuela pública ni privada, 45.000 niños; para el Ayuntamiento solamente eran 26.000) se resolvería, en parte, con los seis grupos escolares («acorazados»). Apelación ante Madrid, porque quieren dedicar para Normal de Maestras el Grupo Escolar Pérez Galdós, destinado a escuela de niños y niñas; es un atropello del acuerdo municipal («siempre se rompe la soga por lo más delgado»); la Normal es necesaria, indispensable, pero eso obliga a hacer las cosas bien, y a no suprimir unas buenas escuelas para habilitar una mala Normal. Reportajes de un hombre de buena fe: parece que a primeros de 1929 se van a inaugurar dos «acorazados» (Jaime Vera y Menéndez Pelayo), pero nada se dice del Pérez Galdós, a pesar de estar terminado; mientras tanto, los chicos continúan haciendo puntería con los cristales ¡a pedradas! El pueblo ha hecho cola en Cuatro Caminos, a las puertas del Jaime Vera, incluso durante toda la noche, para matricular a sus hijos, alargándose por la calle de Bravo Murillo; al sesgo de la gran plaza, se alza el Cervantes, Paraíso de los Niños, el mejor de España, donde ejerce un maestro, tipo de santo laico o de capitán cívico: Ángel Llorca. No lejos de él tiene su sede la ILE, raíz de todos los ejemplos, vivero que plantó Giner y cultivó Cossío, sin los cuales no habría un Grupo Cervantes ni seguramente el pueblo de un barrio trabajador habría creído nunca que por la escuela de sus hijos valía la pena de hacer el sacrificio de una noche. Madrid aparece como un pueblo sufrido, pues los famosos «acorazados» no se abren, debido a pequeñas dificultades burocráticas, que, en el fondo, no son más que animosidad contra la escuela nacional y deseo que prevalezca la confesional; las derechas, sea cual fuera su nombre, ni quitan ni ponen rey, pero ayudan a su señor. La educación del hijo: al llegar octubre, Madrid vuelve a sentir el problema, porque miles de familias no saben dónde pueden educar a sus hijos; la

escuela pública nacional no da abasto. Tiene Bello aquí un recuerdo para Giner y su Institución, cuya semilla ha germinado y su lozano desarrollo, en otras instituciones de tipo moderno, es sólo una pequeña muestra de su profunda y callada acción creadora. La Institución sigue siendo un ejemplo aparte, avanzado y señero. Su concepto de la educación no se ha filtrado a nuestra enseñanza nacional, y mucho menos a la primaria; es decir, la Institución procuró dar un modelo y crear ambiente para que el Estado lo siguiera, pero no le ha asistido la fortuna para renovar la primera enseñanza, plaza fuerte que sigue ocupada por el ejército negro de la España tradicional. Giner lo vio claro al afirmar que «una reforma profunda no puede cimentarse sino en la escuela primaria». Esperando la vez, esperando que esos «acorazados» sean botados, que en enero o febrero de 1931 empiecen a navegar. Más sobre la educación: desde hace varios años el pueblo da por recibidos los dichos grupos escolares, pero en realidad no se los entregan; gran parte de culpa tienen tanto las derechas como las izquierdas, pero a éstas le recrimina no haberse hecho cargo de esta necesidad, echando en falta una obra de enseñanza libre o laica en cada distrito de Madrid, Mi casa, la casa de ustedes y las escuelas de la Prosperidad es el último epígrafe del libro, donde, entre muestras de agradecimiento, relata entusiasmado cómo el Ayuntamiento, por iniciativa de la minoría socialista, acordó dar su nombre al Grupo Escolar de la Prosperidad, atendiendo a la campaña que, desde *El Sol*, orquestó Luis Araquistáin. Bello acepta el padrinazgo como una obligación, porque la escuela de la Prosperidad, que fue una de las primeras que visitó en el cerco, allá por 1925, no es un «acorazado» pedagógico y requiere protección. Como mecenas, Bello espera lograr, en primer lugar, la cantina escolar; después, algo más. Desde su casa, la casa de todos, qué mejor lugar para dar las gracias.

Y gracias también al profesor Escolano, que nos ha ofrecido en estas páginas una verdadera excursión a lo desconocido, tal vez con la secreta intención de espolear

al lector para sacar del tiempo libre, ocio y provecho, y una buena forma de ello puede ser practicando el excursionismo escolar, visitando las escuelas, nuestras viejas escuelas y su entorno.

PABLO CELADA PERANDONES

BENSO CALVO, Carmen: *Controlar y distinguir. La enseñanza de la urbanidad en las escuelas del siglo XIX*. Vigo, Servicio de Publicaciones da Universidade de Vigo, 1997, 286 pp.

Desde su reciente puesta en marcha efectiva en 1996, el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo ha editado entre sus primeros trabajos este importante estudio de la doctora Benso Calvo sobre la enseñanza de la *urbanidad* en las escuelas del siglo XIX. El libro, muy cuidado en sus aspectos formales y con un aparato crítico considerable, significa una nueva aportación de la autora a la historia de la educación.

El estudio, dentro del interés suscitado en los últimos tiempos por el tema de la *urbanidad*, pretende colaborar, tal como Carmen Benso señala en la Introducción, a entender mejor las razones que avalan el protagonismo que adquirió la enseñanza de la *urbanidad* en el marco de la formación elemental de las clases populares en la sociedad burguesa del siglo XIX, protagonismo heredado de la enseñanza de los siglos anteriores. Desde el punto de vista histórico, el trabajo de la autora comporta varios retos:

- Colaborar a esclarecer la naturaleza interna de la *urbanidad* como disciplina escolar, dentro del ámbito más amplio de la historia del currículum.
- Utilizar como fuentes esenciales de análisis los libros de texto escolares de la época.
- Indagar en la complejidad temática que engloba la *urbanidad*, que integra varios componentes y cumple,